

Capítulo 7

Piedra por Piedra

Al siguiente día me marché en la quietud de la mañana invernal para caminar sola 34 kilómetros. Era un día soleado magnífico. El terreno era fácil, con sólo una pequeña sierra desafiándome. Por alguna razón, ese día advertí unos montones de piedras cuidadosamente colocados al borde del sendero o amontonados encima de las marcas de cemento decoradas con azulejos incrustados con un símbolo de una concha que indican el camino a Santiago. Supuse que esos montones de piedras los colocaron los peregrinos antes que yo y, queriendo ser parte de un ritual histórico, añadí mi propia piedra. A pesar de que no entendí por qué lo hice, sentí que era parte de algo muy especial.

Alrededor de las 3:00 p.m. llegué a la ciudad de Estella. Situada en el punto donde el Camino francés se encuentra con la ruta del Camino de Arlés uniendo los dos caminos a Santiago, une a los peregrinos de diferentes rutas. Posteriormente esa tarde, llegué al refugio y me presenté a los demás que habían viajado desde todos los rincones del mundo. Se habían reunido aquí procedentes de Alemania, Argentina, Holanda, Suiza y Madrid. El refugio no disponía de cocina así que algunos de nosotros decidimos salir a tomar una comida de peregrino en un restaurante local.

Todos eran de países diferentes así que la conversación fue un festín de muchos idiomas. Afortunadamente para mí, siempre había alguien que podía traducir al inglés lo que se decía. Durante un momento de calma en la conversación, pregunté si alguien en la mesa conocía los motivos por los que se dejaban los montones de piedras a lo largo del camino.

Sentado exactamente enfrente de mí, Andreas, un joven peregrino alemán, sonrió y me dijo que conocía una historia acerca de las piedras. Hablando lentamente, explicó: “Se dice que si se recoge una piedra y se pone una pena en ella, cuando se coloca en el suelo, la pena queda atrás”

Me conmovió. La historia se relacionaba conmigo. Si pudiera dejar mis pesares en el Camino en mi corazón, seguramente, habría más espacio para el amor. Al siguiente día, tan pronto como salía para comenzar a andar, lo primero que hice fue recoger una piedra. No estaba segura de cómo poner mis penas en una piedra, así que sólo imaginé que podía. Sosteniendo la piedra mientras caminaba, acaricié los finos bordes con los dedos como si estuviera transmitiendo mi tristeza a la piedra. Después de algunos minutos, coloqué con mucho cuidado la piedra al lado del sendero, abandonando las penas en ella. Casi inmediatamente, mi corazón se inundó de más amor y me sentí tan bien que quise recoger otra piedra enseguida. Así lo hice, sólo que esta vez pensé en poner las penas de mis hijas en ella. Al ver una piedra pequeña redonda, la recogí para Tara, mi hija mayor. Sostuve la piedra por un rato mientras caminaba, poniendo las penas de mi hija en ella y después la coloqué en el sendero. La siguiente piedra que recogí fue para mi segunda hija, Meghan. Sostuve la piedra cerca de mi corazón imaginando que su tristeza se transfería a la piedra, y después la deposité suavemente. Por último, recogí una piedra para Simone, mi hija

menor; con el propósito de poner sus pesares en la piedra también. En ningún momento presumí saber exactamente cuales eran sus penas, solamente sabía que las tenían. Este era mi regalo secreto para ellas. Era perfecto. Esto se convertiría en un ritual diario para mí.

Dos semanas más tarde y habiendo recogido algunas provisiones para el viaje para subir O'Cebeiro, regresé al refugio de Villa Franca. Cuando abrí la puerta para entrar, me encontré sentado en la mesa al joven peregrino alemán, Andreas, quien me había contado la historia de las piedras de la tristeza. Lo primero que le mencioné fue la profunda impresión que me causó su historia. Me conmocionó cuando dijo, "Realmente no creo en las piedras de la tristeza". Me quedé tan estupefacta por su comentario que no pude hablar. "Es sólo una historia que me contó un amigo y compartí contigo". Para mí, el ritual de dejar mis propias penas y las de otros a lo largo del Camino había cambiado mi vida. Al escuchar esto, comprendí perfectamente el poder de creer en algo. Fue mi fe en la posibilidad de que podía poner una pena en una piedra, la que lo había hecho real. Entonces supe que no importaba si Andreas creía en las piedras o no. Al final, lo que es importante es lo que yo crea.